

Las coaliciones que vienen y vendrán

EL BISTURÍ
ANTONIO ROBLES EGEA

Catedrático Senior de Ciencia Política y de la Administración



Hace ya tiempo que el país vive ensimismado en el paroxismo de la polarización política. Muchas señales de la vida política muestran las limitaciones para comprender la tremenda insensatez que representa el extremismo partidista en una sociedad multicultural como es la nuestra. La fragmentación se refleja en las pluralidades ideológicas, políticas, territoriales, sociales, económicas, generacionales e incluso étnicas, que tensionan el ambiente político cada vez más.

En este clima reina la aspiración de cualquier partido a conquistar el poder en solitario y con mayoría absoluta. El objetivo es la realización sin límites del propio proyecto político. Cabría ser optimista por el deseo ansioso de lograr tal proeza, pero el que lo intente acabará dándose calamorrazos contra la realidad de la sociedad española. A menos que la providencia, o la fortuna, alteren de un plumazo y radicalmente el multipartidismo que hoy por hoy interviene en la vida política española, el fracaso parece asegurado.

Desde hace algo más de una década, el sistema de partidos ha aumentado el número de sus actores y las mayorías absolutas son impensables; las minorías mayoritarias tienen muy difícil el acceso al gobierno por los bloqueos que experimentan de los demás grupos políticos. Así pues, resulta más lógico pensar que las futuras decisiones electorales de los españoles serán acordes a la nueva normalidad: resultados electorales y aritméticas parlamentarias —en cualquier nivel territorial— que dificultarán la formación de gobiernos unipartidistas mayoritarios, salvo las escasas excepciones debidas a características propias de un lugar, un singular liderazgo o alteración brusca en la opinión pública derivada de situaciones sobrevenidas.

Entre 2015 y 2019, España vivió una etapa de gran inestabilidad política y constantes dificultades para formar gobierno. Durante estos años se sucedieron elecciones repetidas, la renuncia de Mariano Rajoy a la investidura tras la propuesta del Rey, la moción de censura fallida de Pablo Iglesias, la crisis del 'procés' catalán y, finalmente, la moción de censura exitosa de Pedro Sánchez.

Con la intención de dejar atrás esta etapa de incertidumbre, las circunstancias y el entendimiento entre Pedro Sánchez y Pablo Iglesias condujeron a la formación de una coalición de gobierno entre el Partido Socialista y Unidas Podemos, la primera de este tipo en el Gobierno central durante la nueva y actual democracia española. Como la coalición, según la terminología de Riker, no era «mínima ganadora», tuvo que acudir en busca del apoyo de una alianza parlamentaria, al final azarosamente formada mediante acuerdos bilaterales con el PNV, Más País, Bloque Nacionalista Galego, Teruel Existe y Nueva Canarias, contando con la abstención de Esquerra Republicana de Catalunya y EH Bildu.

¡Qué galimatías! Una coalición de gobierno formada por el PSOE y Unidas Podemos que no podía gobernar, salvo por la contribución de los votos de grupos parlamentarios diversos, cada cual con sus exigencias. Sin embargo, pese a esta situación de gobernanza compleja y las circunstancias singulares de la legislatura 2019-2023 —covid-19 y crisis por la guerra de Ucrania—, la coalición de gobierno «resistió», consolidando las relaciones con los partidos involucrados en el gobierno y aquellos otros que votaron la investidura de Pedro Sánchez en el Congreso. Además, el nuevo Gobierno hizo crecer la confianza política de la ciudadanía y favoreció una cierta familiaridad entre los socios.

Las elecciones de 2023 volvieron a evidenciar la fragmentación parlamentaria y la inexistencia de una mayoría absoluta que garantizara la gobernabilidad. El Partido Popular y Vox solo disponían de 172 escaños; el PSOE y la nueva coalición electoral, Sumar, ni siquiera alcanzaban esa cifra. Ante esta situación, Sánchez y Yolanda Díaz, líder de Sumar, reeditaron el acuerdo progresista de gobierno y solicitaron de nuevo el apoyo de las fuerzas afines. De ahí, la segunda investidura de Pedro Sánchez. Otra vez el mismo galimatías, un gobierno minoritario que necesita llegar a acuerdos con partidos nacionalistas periféricos y con partidos de las izquierdas no integrados en Sumar, teniendo que contar con las exigencias especiales de cada uno de ellos. Pasados ya tres años de legislatura, los grupos

de la oposición carecen de efectivos para revertir la situación, a menos que se convoquen nuevas elecciones y las ganen.

Todo parece indicar, por lo experimentado durante la última década en los distintos niveles de gobierno, que el fenómeno de las coaliciones políticas ha sido y es una realidad en nuestro país; siempre lo fue en los niveles inferiores de los gobiernos territoriales. Igualmente, pese a la polarización, las encuestas de opinión política y electoral muestran la permanencia y durabilidad de la fragmentación política e ideológica en torno a las fracturas de la sociedad española, haciendo visible el «croar en la charca» del que hablaba Unamuno. El resultado es la representación de muchos y diversos partidos en los órganos legislativos, haciendo difícil la gobernabilidad. Y es por esto mismo por lo que las coaliciones de gobierno son y serán necesarias en el futuro.

En suma, las coaliciones políticas constituyen la clave de bóveda de la democracia basada en el diálogo y la participación. La mayoría de los países de Europa están bien gobernados por coaliciones. Al contrario de lo que cree una parte de la población española, gobernar en coalición es positivo para la vida política democrática. Las coaliciones, especialmente las de gobierno, favorecen la integración de partidos situados en los márgenes del sistema político y moderan sus exigencias. Constituyen un mecanismo que limita proyectos utópicos o autoritarios, algunas veces impulsados por grupos que aspiran al ejercicio del gobierno en solitario para negar los derechos de los partidos de la oposición, algo injustificable para cualquier gobierno democrático, sea mayoritario o minoritario, de coalición o no.

Seguirán siendo necesarias para investir nuevos gobiernos y constituirán un valor en sí mismas para la política democrática. Los partidos políticos y sus líderes tendrán como virtud el saber coaligarse, renunciando a parte de sus objetivos, en aras de alcanzar la gobernabilidad suficiente para aprobar las normas necesarias y ejecutarlas en beneficio del bien común. Y esto debe valer tanto para las derechas como para las izquierdas, si es que pactan para acceder al gobierno.